

# Una revelación

Pablo Soler Frost

Existen cosas que el resto de los mortales ignoran, pero que han sido reveladas a la decreciente secta de los filatelistas, cuyos mejores momentos pasaron, como pasan las glorias efímeras, como pasó el rey Faruk, gran coleccionista, o pasó Roosevelt, quien también juntaba timbres. Una de estas revelaciones me acaeció la otra tarde, mientras comenzaba a acomodar, pinzas en mano, los recién llegados sellos del Territorio Antártico británico y de las islas de Ascensión, Santa Elena y Tristán da Cunha, todos celebrando el Jubileo de Isabel II. Fue una de esas revelaciones que aguardan, entre otras ideas peregrinas, en el quicio de la puerta del hostel de la memoria, a introducirse subrepticamente para, una vez adentro, junto al hogar, desvelar su identidad y dejar en claro su propósito, que, en este caso en particular, era desestabilizar mis sistemas de medición del tiempo (debe notarse que estoy leyendo *Segunda Fundación* de Asimov).

De pronto la imaginé. A ella. Perfectamente vestida, perlas alrededor de su cuello, broche grande, perritos a sus pies, pinzas en mano, entre los tomos y tomos de la colección de timbres más grande del mundo, en el segundo piso de su palacio, rodeada del rojo de los volúmenes de la colección de su abuelo y los azules de la colección de su padre, quien en lugar de timbres prefería los modelos para armar. Me di cuenta primero de que ella se coleccionaba a sí misma. La suya es la cabeza más representada en sellos de correos que haya existido jamás; supera con mucho a su tatarabuela Victoria. Supera, por supuesto, a plebeyos como Mao, Hitler o Stalin. Le saca una cabeza de ventaja a cualquiera.

Sin contar países arribistas (filatélicamente hablando), por lo menos cuarenta estados

y territorios tienen derecho a la cabeza de E. R., y usan de ese derecho o transigen ante esta obligación o siguen esta costumbre. Sus sellos de correos (y muchas veces sus monedas) poseen rasgos isabelinos. Se me dirá que todo esto no es de importancia. Pero es que entonces me golpeó la revelación última.

Y la revelación final fue ésta. Vivimos en la era isabelina.

\*\*\*

La revelación continuó. Vi que a mis cuarenta y siete años he vivido bajo ocho presidentes mexicanos, cinco papas, nueve presidentes norteamericanos, cinco cancilleres alemanes, tres grandes timoneles norcoreanos, dos emperadores japoneses. Pero sólo bajo una reina. Las únicas constantes han



Lucian Freud, Retrato de la reina Isabel II, 2000-2001

sido ella, y un poco más tarde, él. Pero luego le dejó el poder a su hermano. Ella, por lo tanto, es, desde 1953, la única constante (puesto que el rey de Tailandia está tan distante, menos, de nuevo, para un filatelista).

Tate Modern es isabelino. La televisión es isabelina. Lo mismo que Saatchi o el día de los trífidos. Ni qué decir de 007, como se vio en la Olimpiada.

¿Qué se dirá en el futuro? ¿En la Enciclopedia Galáctica? “En la era isabelina los hombres dejaron de usar sombrero y, poco a poco, de fumar”. O “las mujeres adquirieron plenamente sus derechos en la era isabelina”. “El Internet se volvió masivo en esta era”. O, grandes escritores de la era isabelina: Amis, Auster, Bolaño, Lessing, Rushdie.

El concierto en Pompeya de Pink Floyd ocurrió en la era isabelina. Brian Jones murió en esta era. De hecho todo el rocanrol, con excepción de algún precursor, ocurre en la era isabelina. *Tiempo transcurrido* transcurre en la era isabelina. Como decían en el *rehab*: “Túmbate ese rollo, ése”. Brighton, “the blues”, el rave. Todo este rumpus ocurre en la era isabelina. ¿Y qué decir de sir Paul, sir Ringo, sir Elton? Los mods y los punks son isabelinos (hay que recordar el disco y el himno de los Sex Pistols: *God Save the Queen*), lo mismo que “fabulous!” o *Blow-up*. Ni qué decir de *The Wall* ni de *El Señor de los Anillos*. Isabelinos.

*You can't always get what you want* es el título. El día: junio 16, 1969. “They're unique, they're extraordinary”, dice David Frost al presentarlos. Y, al acabarse la narcótica rola, Frost nos adelanta que, a continuación, luego de “unos mensajes de nuestros patrocinadores” viene el príncipe Carlos. Otra víctima de la era isabelina. **U**